

forzado en este punto á negarse á sí mismos, rechazando las consecuencias de la soberanía popular. Jamás los hombres de la antigua escuela se valieron de tantos circunloquios para nombrar al rey. «Persona sagrada,» «pensamiento irresponsable,» «voluntad superior,» «región elevada sobre la esfera de las pasiones,» y otras frases semejantes se pronuncian de continuo en la tribuna y en la prensa, esquivando el llamar al rey con el nombre propio. Diríase que se trata de una divinidad que los mortales no se atreven á tomar en boca temiendo profanarla. Pues bien, todo esto no es más que un sacrificio, un doloroso sacrificio que ha hecho la escuela democrática á las ideas antiguas; todo esto no es más que una proclamación de la impotencia de sus principios abandonados á sus fuerzas; todo esto es un plagio del antiguo sistema, al mismo tiempo que con tanta serenidad se le desacredita é insulta.

Se proclama como dogma indisputable que el poder supremo es un simple mandatario, un mero delegado del pueblo; y sin embargo se declara desde luego que este poder de nada es responsable á su principal, á su delegante: se recuerda con mofa el *derecho divino de los reyes*; y no obstante, se los apellida inviolables, sagrados, se los compara de continuo á una divinidad, que no puede obrar mal, que sólo es capaz de ejercer el bien: se establece como única tabla de salvación para la sociedad el principio de *elección*; y á pesar de esto, es rechazado este principio con respecto al poder supremo, y se inculca sin cesar la necesidad de la monarquía hereditaria: nada se quiere dejar al curso natural de las cosas, todo se ha de arreglar con la discusión, todo se ha de practicar por la *expresa voluntad* del hombre; y esto no embargante, cuando se trata de lo más importante que ofrecerse pueda en los negocios de la sociedad, se cierran los ojos, se huye de la deliberación, el hombre teme la razón y la voluntad propias, se abandona á todos los azares, para evitar la *elección*.

Hombres que tan inconsideradamente condenáis todo lo

antiguo, que creéis haber iluminado el mundo, que os figuráis á la humanidad envuelta en densas tinieblas hasta que vosotros las disipasteis con los vivos resplandores de la filosofía, no reprobamos, no, vuestra conducta, no os echamos en cara vuestra inconsecuencia para que obréis de otro modo; pero si tenemos derecho á exigir que meditéis algo más sobre vuestros principios, que no achaquéis tan livianamente á fanatismo y apocamiento lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imaginéis que la humanidad marchaba á la decadencia y en vilecimiento si vosotros no hubieseis venido á torcer su carrera. Si demandáis tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros á las ajenas; ya que no os avergonzáis de tomar de vuestros adversarios doctrinas que repugnan á vuestros principios, al menos sed justos, decid de dónde las habéis recibido. Confesad que entre las ruinas que habéis amontonado, os halláis forzados á conservar un pabellón para guareceros contra las tempestades que braman sobre vuestras cabezas; engalanadle como os pluguiere, pero no neguéis que quien lo construyó tan sólido, quien lo recamó con tan preciosas labores, no fuisteis vosotros sino vuestros padres. Este pabellón es la monarquía. — *J. B.*

MEDIOS QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y ACRECENTAR SU PROSPERIDAD.

Dijimos en el número anterior que no carecía el principado de Cataluña de medios para precaverse contra los peligros que amenazan su industria, á causa de la rivalidad inglesa, y de la oposición de intereses que tiene hasta cierto punto con algunas de las otras provincias. Vamos ahora á indicar cuáles son en nuestro concepto esos me-

dios, deseando que las indicaciones que emitamos, sean desenvueltas por hombres que con mayor caudal de conocimientos y de noticias puedan de ellas hacer las debidas aplicaciones.

Para mayor claridad esos medios los dividiremos en tres clases: materiales, morales y políticos.

Medios materiales. Por de pronto parécenos que la prudencia aconseja, que no se aboquen de tal suerte los capitales á la industria principalmente amenazada, que es la algodonera, que faltas de ellos las demás, ó se debiliten en demasía ó no tomen el desarrollo de que son susceptibles. Así se lograrán dos objetos: primero, el movimiento simultáneo y por decirlo así paralelo de todos los ramos industriales. Esto podrá ser ventajoso á la industria en general, la que estando desenvuelta en muy diferentes sentidos se hallará en contacto con mayor número de necesidades, y se abrirán naturalmente nuevos y más amplios mercados, siendo más fácil el cerrar la puerta á la importación de los géneros extranjeros. Segundo: si un tratado de comercio ó una reforma de aranceles modificase de tal manera el sistema prohibitivo que la industria algodonera sufriese considerable quebranto, no siendo este ramo más que uno de tantos como florecieran en el país, no sería el golpe tan ruinoso para el Principado; la novedad no produciría un desnivel tan sensible y afectadas por el daño menos familias así de fabricantes como de operarios, fuera más fácil atenuar las malas consecuencias y resarcir los perjuicios.

Bajo este aspecto debiera Cataluña portarse con la precaución de un capitalista avisado, que no suele aventurar toda su fortuna en un solo negocio por más lucrativo que se le presente, mucho menos si tiene fundados motivos para recelar que un golpe repentino no desbarate en un momento las mejores combinaciones.

Además, tal vez debiera procurarse con algún mayor cuidado, que la industria no fuera en Cataluña una mera importación del extranjero, y que echase raíces pro-

fundas con el competente adelanto de los conocimientos relativos á dicho ramo. ¿La enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas está montada cual conviene para la propagación de las luces necesarias al progreso de las artes que de ellas dependen? Mucho lo dudamos: y admirando como el que más la destreza y laboriosidad de nuestros paisanos, no podemos olvidar lo que ellos mismos están diciendo á cada paso, cuando se lamentan de que los extranjeros los aventajan en muchos puntos. La gente sencilla está hablando continuamente de *secretos*; pero los hombres que conocen la situación de Europa, saben que en el sistema de publicidad reinante en todas partes, hay pocos de esos secretos que no puedan descubrirse, ora sea por medio de libros, ora por los viajes, observando é inquiriendo con la debida actividad, y comunicando en seguida el resultado con sinceridad y buena fe.

Los operarios de la Gran Bretaña se distinguen por su habilidad, pero no se crea que esto dependa de la particular disposición de aquellos naturales, sino que contribuye mucho á ello la buena enseñanza con que se los prepara. A ejemplo del establecimiento para la instrucción de los operarios fundado en Glasgow por el doctor Burbek, se han planteado otros en Londres, Edimburgo, Manchester, Birmingham, Newcastle, Liverpool, Lancaster, y otros puntos: en ellos aprenden los artesanos los principios de geometría, de mecánica, de física, de química, que luego les sirven en extremo para adelantar y perfeccionarse en sus respectivas profesiones. ¿Por qué no se procura con más ahinco que estos ejemplos sean imitados entre nosotros? ¿por qué no se trabaja con más asiduidad en que las operaciones delicadas cuyo acierto y perfección depende de los conocimientos químicos, no necesiten para su dirección operarios extranjeros? ¿por qué no se proporcionan á un crecido número de individuos, de una manera fácil y acomodada, las luces necesarias para que las construcciones que demandan conocimientos geométricos y mecánicos no queden abandonadas al talento natural, que

es como si dijéramos á la casualidad? Reflexionen sobre estas indicaciones los hombres que conocen la verdadera situación y las necesidades de Cataluña; y vean si no habría en este punto importantes reformas que emprender y notables mejoras que intentar.

No olvidemos que la industria no puede decirse que esté hondamente arraigada en un país, hasta que los conocimientos de sus habitantes se hallan en el conveniente nivel. No basta que se traigan máquinas, que se planteen establecimientos; es necesario cuidar al mismo tiempo de que se vayan formando operarios aptos, directores capaces, para que dentro breves años, no nos veamos ya precisados á recibir de los extranjeros esa clase de auxilios. Estos deseos no son arranques de orgullo nacional, son la verdadera expresión de las necesidades de la industria.

Tampoco creemos, á pesar del buen estado en que se encuentra la agricultura catalana, que se halle saturada de capitales hasta el punto de no poder invertirse en ella crecidas sumas con señalado provecho. La mayor parte de las aguas que bañan nuestro Principado descienden de las montañas, y corren hasta el mar por el cauce que les trazara la naturaleza. ¿Quién no ve con cuánto beneficio podrían emplearse capitales cuantiosos en la construcción de canales de riego, que trocasen en hermosas y feraces vegas, campos ahora estériles y agostados? Las solas llanuras de Urgel colocadas á breve distancia de poblaciones en extremo florecientes y ricas, donde abundan los capitales y se dirigen á empresas llenas de peligros, son una evidente prueba de que las cosas no han seguido su curso natural, y que nos hemos entregado con excesivo ardor al exclusivo fomento de un ramo, sin curarnos cual conviene de otros, que á más de ser productivos, estuvieran á cubierto de los tratados comerciales y de las revisiones del arancel.

Hemos recordado el canal de Urgel cifándonos únicamente al de riego, no porque sea lo único que hacerse pudiera en este género, sino por su extremada importan-

cia, tan generalmente reconocida como constantemente descuidada. Así por ejemplo, ¿cómo es que el antiguo proyecto de conducir las aguas del Ter por el centro de la llanura de Vich, de manera que fecundando aquella hermosa comarca ofreciese oportunidad de construir establecimientos fabriles cerca las murallas de la ciudad cabeza del partido, se ha quedado tan sólo en proyecto, como casi todas las cosas de España? Las demás provincias pueden señalar por excusa de descuidos semejantes la falta de capitales, la natural indolencia de los habitantes del país, quienes no se aprovecharían de los mismos beneficios que se les pondrían en las manos, y otras razones por el mismo tenor más ó menos sólidas y especiosas; pero en Cataluña no existen por fortuna estas circunstancias desgraciadas; sólo puede atribuirse al proverbial desgobierno de España, y á cierto aislamiento mal entendido, que se opone á la formación de las grandes asociaciones, indispensables para esa clase de empresas.

Se ha importado entre nosotros el espíritu industrial y mercantil, pero no ha prendido como era de esperar el espíritu de asociación; antes al contrario, se nota que exceptuando la existencia de las corporaciones creadas por la ley, no se ha tenido la idea de formar ni siquiera aquellas asociaciones que hubieran podido servir de dique á las codiciosas exigencias de la Inglaterra. Se han dirigido representaciones al Gobierno, ricas de noticias que aclaraban la situación industrial de Cataluña y fortalecidas con razones que desconcertaron á los enemigos del sistema prohibitivo; esto es verdad, pero nosotros añadiremos, que si una provincia de Inglaterra se hubiese hallado en situación semejante á la que aflige á Cataluña, si tan grandes intereses y la subsistencia de tantos millares de familias se hubiesen hallado amenazados por un tratado con una potencia extranjera, no sólo se hubiera practicado lo que aquí, sino que por los medios legales se hubiera formado una asociación colosal; y al más ligero rumor de que se trataba de proponer el bill de abolición del sistema

restrictivo se habrían hallado el gobierno y el parlamento con una petición apoyada por doscientas mil firmas.

El estado de las comunicaciones de lo interior del Principado dista mucho de ser satisfactorio; lo que produce retardo en el movimiento, recargo en los transportes, y por consiguiente una mayor dificultad de que se aprovechen en ciertos lugares la baratura del jornal de los operarios, el menor precio del terreno y de la construcción de los establecimientos, los saltos de agua y otras ventajas semejantes. De seguro que se nos dirá que estas empresas relativas á facilitar la comunicación son en buena parte de la incumbencia del Gobierno superior, y que al proponerse una provincia llevarlas á cabo, tropieza con un sinnúmero de inconvenientes y embarazos que acaban por desalentar y fastidiar á cuantos en ellas se comprometen. Pero á esto se puede replicar, que hace ya mucho tiempo que está acostumbrada Cataluña á hacer grandes cosas por sí misma, marchando por el camino de la prosperidad, aumentando y desarrollando su riqueza, sin que le sirva de mucho la dirección del Gobierno: lo propio pudiera hacerse en el caso dado; y si saliesen al encuentro graves dificultades, para las empresas arduas es la constancia.

La mayor perfección de los artefactos, sobre todo en el ramo de la industria amenazada, debe procurarse en Cataluña con especial ahinco; pues que median en ello no sólo los motivos generales que naturalmente impulsan hacia dicha perfección, sino la precaución prudente aconsejada por las circunstancias. En efecto, es regular que si podemos evitar un golpe de mano, que por más que se diga no le será tan fácil al actual Gobierno el descargarlo, se respetarán por algún tiempo los intereses de Cataluña, y se le dará el necesario plazo para prepararse á la competencia con las mercancías inglesas. Ora sea que ese plazo se conceda y señale expresamente, ora sea que la fluctuación de las negociaciones entabladas y por entablar, lo vaya por sí mismo otorgando, fuera muy del caso que los interesados en el asunto dieran por supuesto que ha co-

menzado ya, y se aplicasen á introducir en la fabricación todas las mejoras de que sea susceptible. Los ingleses se han esforzado en persuadir en España y en el extranjero que su causa era la de una nación entera contra el monopolio de un reducido número de fabricantes; y es menester, es indispensable, que éstos respondan con la evidencia de los resultados, demostrando en tiempo tan breve como posible fuere, que el beneficio reportado del sistema protector lo han recompensado con usura á la nación; no tan sólo ofreciéndole un modelo con el que se amaestrasen las demás provincias, sino también surtiéndolas de lo necesario con abundancia, belleza y baratura.

Lo hemos dicho y lo repetimos: la cuestión de los algodones ingleses se reproducirá bajo mil formas si es menester, y atormentará sin cesar la industria catalana, hasta que ésta pueda competir con su rival, ó desaparezca. Vano es hacerse ilusiones en sentido opuesto; el tiempo se encargaría de desvanecerlas, y la imprevisión y el descuido sufrirían duro castigo. Así, aun cuando se ofrecieran las circunstancias más satisfactorias, y en que se alcanzasen las mayores seguridades, conviene no dormir tranquilos; es necesario, urgente, el prevenirse para nuevas complicaciones que de un modo ú otro no dejarán de presentarse. Que prevalezcan los progresistas ó los moderados, que triunfe el absolutismo ó la república, la Inglaterra no abandonará su puesto; allí estará con su refinada diplomacia, con su astucia proverbial, con su oro seductor, con su paciencia incansable, y sobre todo con su excesiva abundancia de artefactos y por tanto con su imperiosa necesidad de vender.

Otra ilusión no menos dañosa, fuera el imaginar que las provincias ahora inclinadas á un tratado de comercio, se desviarán fácilmente de su propósito. Dos motivos las estimulan: la oportunidad de comprar más barato, y la esperanza de dar mejor salida á sus frutos. Lo que á esto objetan los catalanes es ciertamente muy sólido; se funda en la necesidad de los sacrificios recíprocos, en lo funesto

que sería para la prosperidad de la nación el destruir su naciente industria y otras razones semejantes; pero todo esto tiene el inconveniente de no ser tan fácil de comprender como la diferencia que vaya en precio y calidad de una vara de tejido catalán á otra de tejido inglés. En esto se debe fijar la atención, no apartarla nunca de aquí; combatir hechos con hechos: esta es la mejor lógica.

Medios políticos. En la exasperación á que han llegado en España los partidos políticos, una de las miras que no debe perder de vista el Principado, es el no constituirse ciego instrumento de ninguno de ellos. La fuerza de una causa, si ha de ser real y verdadera, si ha de extenderse á más que á circunstancias de momento, debe radicarse en su justicia intrínseca, y apoyarse para la propia defensa en los intereses que con ella están ligados. Cuandó se la defiende sólo como un medio de oposición empleado contra el que ó la ataca en realidad ó se presume que intenta atacarla, adolece la defensa de un inconveniente gravísimo, cual es, el no estar hecha de buena fe, y por lo mismo el emplear contra el adversario todo linaje de armas. De esta manera se mezclan las lícitas con las verdaderas; y el poco ó mucho efecto que estas últimas pueden producir, se compra bien caro con lo que aquéllas pierden de su temple. Pasadas las circunstancias de momento, la causa que indiscretamente se entregara en manos del primero que se presentara á defenderla, se halla de repente abandonada por muchos de los que más valerosamente pelearon en pro de la misma; y quizás ellos son los primeros en declarar, que los motivos de su anterior conducta no eran otros que la necesidad y conveniencia de echar mano de todo cuanto era á propósito para abrumar y aterrar al común enemigo. Las razones que expuestas y sostenidas en el terreno legítimo, jamás perdieran de su fuerza y ascendiente, se hallan desvirtuadas con el recuerdo de la indigna compañía con que en otro tiempo se ofrecieran al público; y quizás se llegue á decir, que también se emplea entonces con mala fe y

como simple arma de oposición, lo que en otro tiempo manejaran otras manos de la misma manera y con idéntico objeto.

Sin que reprobemos el que se procure sacar partido de las oportunidades que vayan ofreciendo las vicisitudes políticas, opinamos que no es la causa de Cataluña de tal naturaleza que haya menester identificarse con determinada bandería política; y aun añadiremos, que semejante conducta sería imprudente en extremo, á causa de exponerse con ella la industria catalana á los repentinos azares de pujanza y decadencia á que aquéllas se hallan y se hallarán expuestas por largo tiempo.

Tanto dista de convenir á los intereses de Cataluña el aislarnos en ningún sentido, que antes bien es de la mayor importancia quitarles ó disminuirles al menos, ese carácter de provincialismo que llevan en la actualidad: es necesario nacionalizarlos por decirlo así, manifestando á las demás provincias que lo que existe no es un monopolio sino un sistema de compensaciones recíprocas; y que cediendo á las exigencias de la Inglaterra, venderían por una comodidad y alivio pasajeros, la independencia de la Península y el porvenir de su prosperidad y grandeza. Es necesario demostrarles que bajo la solapada pretensión de un simple tratado de comercio ó de una modificación de los aranceles, está oculta la resolución de un inmenso problema, á saber: si la España á semejanza de Portugal, se ha de convertir en humilde colonia de la orgullosa reina de los mares; si nuestros negocios se han de decidir en el consejo de nuestros reyes ó en el gabinete de San James; si ese Gibraltar que nos está insultando con sus murallas y las escuadras de su puerto, ha de ser mirado como otra nueva capital, residencia de altivos señores, dispuestos á forzarnos á la ejecución de su soberana voluntad con sus cañones y bayonetas.

Ahora merced á los desastrosos acontecimientos que han pesado sobre esta infortunada ciudad, se ha despertado el orgullo nacional en el resto de la Península, y se ha de-

clarado en nuestro favor expresándose de una manera que alienta las esperanzas del país y honra singularmente el hidalgo corazón de los que sacrifican sus propios intereses en las aras del pundonor nacional y de la independencia de la patria. Pero estas circunstancias irán desapareciendo, como sucede ya en la actualidad; y pasado el calor del momento, las cosas volverán á su curso regular, obedeciendo al impulso de sus motores naturales.

No intentamos mostrar á Cataluña el partido político á que le conviene inclinarse, ni pretendemos indicarle que debe mantenerse ajena á todos ellos; esto fuera poco menos que imposible, y la dañaría en vez de favorecerla. Sólo hemos dicho que le importa no constituirse *ciego instrumento* de ninguno; significándole con esta expresión, el peligro que corre de ser explotada en diferentes sentidos, y de servir sin provecho propio á la ambición de nacionales y extranjeros. Cuando en momentos críticos y de exasperación oiga hablar de independencia, convénzase desde luego que se trata de engañarla con esperanzas imposibles de realizar; cuando se le insinúe la conveniencia de levantar otro pabellón como hiciera allá en los disturbios de 1640, no dude que se la seduce astutamente para hacerle cometer un acto de rebeldía que mancillara su honor y que pagarían con desprecio y desdén los dueños de la enseña enarbolada; cuando se le diga que es posible resucitar sus antiguos fueros, convocar sus Cortes y obligar á los monarcas de Castilla á que hagan pronunciar la antigua fórmula *plau al Senyor Rey*, crea firmemente que se la brinda con ilusiones, incompatibles con el espíritu del siglo y con nuestras propias costumbres; y por fin, cuando se intente persuadirla que el mejor modo de alcanzar justicia es la insurrección y la violencia, rechace con indignación las pérfidas sugerencias, que quizás inducen al crimen para gozarse en el feroz placer de verle castigado con fuego y sangre.

A los pueblos como á los individuos, no los salvan los furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza

se arrojan á la violencia y al crimen; sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda convicción de que la razón les asiste y de que tarde ó temprano llegará el día de la justicia. O'Connell ha levantado la Irlanda de la abyección en que yacía sumida, la ha colocado en imponente actitud, haciendo temblar todos los gobiernos de la Gran Bretaña; y uno de los primeros pasos de su grande obra fué el reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos, y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna. Bastan por hoy estas indicaciones: otro día continuaremos nuestra tarea, explicando los medios morales que en nuestro concepto debe emplear Cataluña para precaver su desgracia y acrecentar su prosperidad.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

ESCEPTICISMO. (1)

CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: difícil tarea me ha deparado V. en su última, hablándome del escepticismo: este es el problema de la época, la cuestión capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situación actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables

(1) Deseoso el autor de esta *Revista*, de que la *Polémica Religiosa* no adolezca de monotonía ni engendre fastidio, procura presentarla bajo diferentes formas, empleando algunas veces el